



y que una vez decidida a, como ya hiciera con el tema que preferí zanjar — en parte porque era una ocasión pintiparada para comprar uno con grill, mucho más práctico — no haciendo la reclamación pertinente ante la empresa responsable ni preguntas al hombre del camión persuadida de que se escudaría uno en la otra y viceversa para al remate no darme una solución satisfactoria, dejar correr el tiempo y no fregar de momento los cacharros me senté en el suelo y me puse a fumar tranquilamente.



No voy a asegurar que lo haya dicho con estas mismas palabras, pero sí que lo he dicho.

Tampoco voy a asegurar que fueran, aquella misma tarde y aquel mismo lugar, el sitio y el momento en que me apresté con ánimo resuelto — creo recordar que me sentía somnolienta y que los canelones me estaban dando sed — a inspeccionar el contenido de la caja.

Afirmo sin embargo que vaciarla por completo sí que la vacié porque — tengo la escena muy clara en mi memoria — sonó el teléfono y pensé “maldita sea, esto va a ser que esta gente se ha dado cuenta del error” y, por ir ganando tiempo, volví a llenarla apresuradamente antes de contestar para que, luego — que es por lo que digo que tengo una imagen tan nítida de los hechos —, resultase que la llamada era para informarme de que me había tocado un viaje con todos los gastos pagados a las islas Caimán.

Me sobresalté y quise explicarle a aquella voz que yo no había participado en ningún concurso; pero a mi “¡oh!” inicial al que la joven — porque era una voz de mujer joven — replicó con un “¿no es maravilloso?” vino a sumarse que mi intento de contestar que sí pero que “pero” lo entendió ella como un muy comprensible — *es perfectamente natural*, dijo, *bajo los efectos de tan grata sorpresa* — no saber encontrar las palabras para saber expresar mi alegría que yo, incapaz en verdad de encontrar las adecuadas cuando me asalta la

sospecha de que quien me escucha anda más atento a cumplir su cometido que a atenderme, rebatí argumentando sin demasiada lógica que lo que me pasaba era que, con tanto sueño y tanta sed como tenía, me daba una pereza espantosa encararme otra vez con los pap...

- Papúes, no — ella, muy cargada de amabilidad y de paciencia —: Islas Caimán.

-Tengo la sensación — balbucí — de que no estamos hablando de lo mismo.

- ¡Es justo — dejó escapar una carcajada muy cordial — lo que le estoy diciendo yo!

Y, alentada por haber encontrado un punto de entendimiento, **me animé a sincerarme** y confesar que no veía tanta diferencia...

- ¿No, entre el Caribe y el Pacífico?

- No, la verdad — ya que estábamos en la misma onda —, si quiere que le diga; ni me importa tanto...

- Es, desde luego — se avino, algo reacia —, una apreciación un tanto personal...

- ...gratinar — *aun no dejando de admitir*, quise puntualizar como la notaba molesta, *que su punto de vista puede ser diferente* — o no gratinar.

